

LILY KRUSE

CASITA DE AYOTE

Ilustraciones:
Franco y Pablo Céspedes

Lily Kruse

CASITA DEAYOTE

1984

Lily Kruse dedicó la publicación original de 1984 a sus queridos nietos. Esta nueva edición digital del año 2023, de parte de toda la familia de Lily Kruse, la dedicamos a ella en agradecimiento por ser una mamá y abuela tan especial, y a las nuevas generaciones de amigos y amigas de los animales, del viento y del sol.

Presentación

Mi querida amiga y escritora, Lily Kruse , publicó dos hermosos libros para niños: “Barquitos de papel”, que es un poemario, lleno de ternura y gran musicalidad y “Casita de ayote”, libro de cuentos narrado por una simpática ratoncita llamada Amapola.

Son 15 cuentos contados con un gran conocimiento del alma infantil, llenos de magia y con pinceladas de buen humor. Es una lectura fresca, donde se narran episodios de los animalitos del bosque y sus travesuras.

Tiene cuentos hermosos como “Daniel y Serpentina”, que es la historia de una culebra buena y su amistad con Daniel. Otro, es el de “La muñeca nueva”, que es el dilema de Ximena de elegir su preferencia entre Rosita, su vieja muñeca y la nueva, que sabía caminar y hablar. “Mariposas”, es una lectura muy instructiva y es como un joyero lleno de valores, como solidaridad, amor al prójimo y crecimiento del espíritu.

Queridos niños, les recomiendo que lean “Casita de ayote”, van a disfrutarlo montones. Yo lo leí de principio a fin. Volé junto a un globo verde, jugué con Gotaluna, la brujita buena que no tenía escoba y Federico me llevó bastante cerca del sol, no mucho, porque si no nos ardemos, como cuando vamos a la playa y nos ponemos colorados de la asoleada.

No les hablo más para que empiecen a leer y puedan disfrutar de la magia que tiene este libro.

Lara Ríos.



ÍNDICE

Casita de ayote	7
Daniel y Serpentina	19
Gotaluna	27
Federico y el sol	34
El más vivo	42
El borrador mágico	50
Luz de luna	58
Todo en orden	66
El viento amigo	74
Bajo la hiedra	81
La muñeca nueva	89
La iguana de Felipe	96
Chester y Jacinto	105
Mariposas	113
La casa de doña Elvira	119
El globo verde.....	125

CASITA DEAYOTE



mapola —decía su mamá —, ¿me ayudás?

—Sí, mamá —contestaba con una sonrisa.

—Amapola, tenemos que lavar temprano.

—Enseguida, mamá —y jugaban con agua y espumas de jabón, hasta dejar la ropa, blanca y olorosa. Y la casa se llenaba de una alegre actividad, mientras las mágicas manos de Amapola, lo transformaban todo. Ella era la mayor de todos los ratoncitos de la casa, y ayudaba con alegría a su mamá y a su papá, todavía sin que ellos se lo pidieran. En las noches, contaba cuentos hasta que sus hermanitos se durmieran.

Muchos ratoncitos salían y entraban a la casa todo el día; además, traían a sus amigos: más ratones igual de traviesos y molestos. Tanto trabajo y la casa jamás se veía arreglada, pero ellos eran felices. Con su ayuda, sus padres tendrían tiempo para atender a los más chiquitos, que chillaban todo el día pidiendo de comer. Y Amapola llenaba la casa con canciones de cuna.

Después las cambiaba por cantos de números, letras y colores; así los ratoncitos iban aprendiendo. En cuanto nacían más, ella volvía a su: “Dormite chiquito, que ya anocheció; y en cuanto te duermas, me dormiré yo”.

El papá era un ratón grande y lustroso. Entre los dos, lograban traer el sustento y tener las cuentas al día. Cuando salían a trabajar, volvían algo cansados, pero llegaban directo a jugar y entretener ratoncitos. Eso sí, los domingos y días feriados, los pasaban juntos con toda la familia y se iban de paseo. ¡Cómo disfrutaba Amapola esas largas caminatas por el campo! Volvía a casa renovada y con nuevos bríos.

El tiempo fue pasando y algunos de sus hermanos se fueron a trabajar, otros dejaron la casa para tener una propia. Las ratitas más grandes se hicieron profesionales. Amapola, inteligente y creativa, seguía inventando sus cuentos y alegrando la casa con canciones. Y en las noches, contaba a los más grandecitos, sus cuentos de brujitas, de muñecas, de globos, de animales y de gente. Y a veces, hasta los decía con música.

—Amapolita, contanos el del borrador mágico —decía una ratita de ojillos redondos y vivarachos.

—Amapolita, el de Daniel y Serpentina —pedía otro con bigotes tiesos y orejitas paradas.

—Amapolita, ahora el de Juan y el viento —rogaba la ratita más pequeña sentándose en su regazo.



—Váyanse a dormir —les decía la mamá—, su hermana está cansada.

Pero ella no terminaba de contar sus cuentos; lo hacía con tanta gracia. . . Los ratoncitos eran felices al oírla, y ella, más feliz al verlos dormirse con una sonrisa.

Cuando los últimos ratoncitos crecieron, aprovechaba los ratos libres para pasear por el jardín. Poco a poco, se aventuró por las calles y hasta el parque.

En uno de esos paseos, encontró, en un solar, una larga y frondosa mata de ayote. Quedó extasiada con aquel derroche de verdor y frescura. Le llamaron la atención las flores. Eran grandotas, y cuando sus vestidos más amarillos que el sol ya estaban arrugados, se los quitaban para dejar al descubierto los ayotitos que apenas empezaban a formarse.

Una noche, después de haber complacido a sus hermanitos con el cuento de la iguana, de Federico y el sol, de la muñeca nueva. . . Amapola no podía dormir. Tal vez con un poco de ejercicio le vendría el sueño. Caminando, caminando, se fue hasta el solar. Se recostó bajo las hojas y dejó volar su imaginación al ritmo de la música de grillos y chicharras.

—Aquí me gustaría vivir—pensó, mientras se quedaba dormida.

Soñó con un ratón muy guapo, con una casita de ayote, y con muchos ratoncitos pidiéndole, entre sonrisas, que les

contara cuentos. La despertó la luz del sol y corrió a su casa para desayunar con sus hermanitos consentidos.

Los ayotes crecían con rapidez. La entristecía ver que cada vez había uno menos. Los de la orilla de la calle se fueron primero. Luego los de más adentro, y desaparecieron todos. Todos, menos uno grandote que, escondido en un rincón, crecía y engordaba más y más. De noche lo humedecía el sereno, de día lo calentaba el sol. Así, fue sazizando hasta quedar con la cáscara muy dura.

—Qué suerte—pensó Amapola—, nadie lo vio. Este sirve para hacerme una casita.

Desde ese día, sus paseos fueron de trabajo. Iba a roer la cáscara, para hacer la puerta y las ventanas, mientras se alegraba con el trinar de los pajaritos. Después, sacó la pulpa fibrosa y seca, para formar la sala, los cuartos y la cocina. Entonces, sembró “santalucías” alrededor.

Una tarde, estaba tejiendo sentada a la puerta, cuando llegó un ratón a saludarla.

—¡Qué linda casita!—dijo entusiasmado—. Es exactamente lo que busco.

—No la vendo —dijo Amapola con una sonrisa.

—Pero podría alquilarla —propuso el ratón.

—Tampoco la alquilo —se disculpó con dulzura.



Tantas veces llegó el ratón a tratar de convencerla de alquilar o vender, que se fueron enamorando. Los domingos, cuando salían todos juntos, el ratón siempre estaba en alguna parte para verlos pasear.

La mamá comentaba:

—Amapolita, ese ratón te saluda muy amable; creo que no está ahí por casualidad. Y la hija sonreía.

El ratón siempre insistiendo: quería la casa. Pero ella, amable como de costumbre, seguía diciendo que no.

—Mire Amapolita —le dijo al fin—, ya no quiero su casa; tiene un gran defecto.

—¿Qué defecto puede tener? —se extrañó la ratita perdiendo la sonrisa—. Yo misma la hice con mis uñas y mis dientes.

—Está vacía —dijo el ratón peinándose los bigotes.

—Eso no es un defecto —dijo sorprendida—. Quien la compre o alquile, tendría que traer sus muebles.

—No me importa que no tenga muebles, eso es fácil de arreglar, pero es una casa triste cuando usted no está —dijo el ratón levantando las cejas—. La casita me gusta más cuando está usted.

¡Amapola se puso colorada hasta las orejas!

—Hagamos un trato, ¿quiere? Si a usted le parece, nos casamos

y nos venimos los dos, a vivir aquí. Usted tiene una casita sin muebles, y yo unos muebles sin casa. Yo sé lo buena ratita que es usted y, de por sí, yo estoy enamorado de usted. . . Dígame una cosa: ¿verdad que no le soy indiferente?

Era cierto: desde la primera vez, cuando lo vio venir, pensó que era el mismo ratón del sueño. Fijaron la fecha y organizaron una fiesta. El día de la boda, el ratón estaba más guapo que nunca, y Amapola, iba vestida con un traje de ensueño. El padre Ratón del Monte los casó y se fueron a vivir a la casita de ayote.

Al tiempo, tuvieron sus primeros ratoncitos y la casa se llenó de música y canciones. Después nacieron otros, y otros. Apenas aprendían a hablar, le pedían que les contara cuentos.

Más adelante, empezaron a llegar además los ratoncitos de sus hermanos, los de los vecinos y muchos otros más. En cuanto bajaba el sol, Amapola, con su alegría de siempre, se acomodaba en la grada de la puerta con el ratoncito más pequeño en el regazo.

Enseguida, alguno estiraba las orejas, paraba el rabillo y le decía:

—Amapola, contanos un cuento. . .

Y ella fue la que contó los cuentos que yo les voy a contar ahora. . .



A vibrant, cartoon-style illustration of a grey mouse with large ears, wearing a yellow shirt and blue pants, sitting on a tree stump. The mouse is pointing at an open book lying on the grass. The book's cover is visible, showing the title 'Daniel y Serpentina' in a stylized font. The scene is set in a lush green forest with large trees, mushrooms, and a blue sky with clouds. A speech bubble from the mouse contains the text: 'Estos son los cuentos, que contó Amapola, en la puerta de la casita de ayote.'

Estos son los cuentos,
que contó Amapola,
en la puerta
de la casita de ayote.

**Daniel
y
Serpentina**

Daniel y Serpentina



aniel la conoció una mañana dorada.
Después de bañarlo, su mamá le
dijo:

— Andá a jugar al jardín, para que se te seque el pelo.

El niño se sentó en la grada de la puerta y se entretuvo viendo las hormigas; iban en fila, siguiéndose unas a otras. Daniel no tenía idea de por qué van como si tuvieran prisa; fue mucho tiempo después, cuando supo que sí les urge, porque tienen mucho trabajo. Luego, se puso a ver a una abejita: le zumbaban las alas mientras pasaba de una corola a la otra. Daniel encontró fascinante la entretención de la abeja: volaba, se paraba en una flor, y después, volaba y se detenía en otra. La había descubierto en las clavelinas, muy cerca de la puerta; se fue a las margaritas, a las rosas y a las flores perfumadas de la enredadera. El niño caminó detrás de la abeja; se fue alejando hasta que llegó a la huerta. Allí sí estuvo sorprendido: era un terreno grandíiiiisimo y lleno de matas; unas enormes, casi de su tamaño. Se olvidó de las hormigas y de la abeja y empezó a caminar examinando cada hoja, cada retoño.

— ¡Ay! Me majaste la colita —oyó decir.

El chiquillo miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Entonces siguió con su ronda, entre los repollos y las coliflores y las matas de tomate. Todo era nuevo para él.

— ¡Hoooola, Danieeel! —oyó decir ahora.

¡Qué raro! Era la misma vocecita. Primero le reclamaba que la había majado, y ahora, lo saludaba muy alegre.

— ¿Adónde estás? —preguntó mirando a su alrededor.

— Aquí, en el suelo; a tus pies.

Era un animalito largo. No era un gusano, él los conocía. Pero tampoco era una lagartija; su hermano, a veces, jugaba con ellas, y ésta no tenía patitas.

— Me gustaría ser tu amiga —le dijo—. Siempre he querido ser amiga de algún niño, pero es tan difícil. . .

— Está bien —dijo Daniel levantándola del suelo—, ¿por qué no íbamos a ser amigos?

— Porque los niños me tienen miedo.

— Yo no —se extrañó Daniel.

— Porque estás chiquito. Ya verás: enseguida te dirán cosas horribles de mí. Tu mamá va a decirte: “Daniel, es mejor no jugar con esos animalillos, porque algunos muerden muy duro, y otros



hasta tienen veneno”. Y tu abuela. . . Eso va a ser peor: “¡Qué horror! va a decir, esos animales son horribles, y además, ¡peligrosísimos!” Y tiene razón, porque a ella le tocó conocer muy de cerca a las peores de mi raza, a las que sí son venenosas.

— ¿Vos sos venenosa? — preguntó asombrado.

— No , ¡jamás! Yo ni siquiera muerdo. A mí me gusta ser amiga de los niños y de los animales. He querido explicarle a los pajaritos que no hago daño, pero antes de decir una palabra, alzan el vuelo. ¿Querés ser mi amigo, Daniel?

El niño no veía la razón para negar su amistad a un animalito tan simpático. Además, tenía preciosos colores y hablaba con tanta dulzura. . .

— ¿Cómo te llamás? —le preguntó.

— Serpentina. ¿Somos amigos? — preguntó ella.

— Sí, pero mejor me voy. Estoy muy lejos de mi casa, en esta huerta tan grande, y si mamá me busca, no va a encontrarme.

— No, tontillo, no estás lejos —dijo Serpentina—. No te has dado cuenta; la huerta está en el jardín de tu casa, y es apenas un pedazo de terreno con unas cuantas eras de hortalizas. Vamos, yo te acompaño.

Serpentina se arrastraba con gracia haciendo eses en el suelo, y el niño la seguía con pasos inseguros. Pero la mamá estaba en la puerta y Serpentina se detuvo.

— Mañana nos vemos — le dijo y se perdió entre las lechugas.

Al día siguiente, la mamá lo bañó como siempre:

— Sentate aquí para que se te seque el pelo, pero no te vayás.
Quedate aquí viendo las hormiguitas.

— ¡Qué pereza! — decía Daniel —. A las hormigas las veo todos los días. Yo quiero jugar con mi amiga. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

— Serpentina —dijo ella saliendo entre la clavelinas.

— ¡Hola! —dijo Daniel —. ¿Le tenés miedo a mi mamá?

— Sí —dijo Serpentina —, le tengo miedo a toda la gente grande.

— ¡Con razón estabas escondida!

Largo rato estuvo Serpentina haciendo piruetas. Se enrollaba sobre sí misma y se estiraba de golpe diciendo:

— Así es como hacen las culebras malas para morder.

— ¿Me vas a morder? — dijo Daniel levantando los pies.

— No, nada más te estoy diciendo cosas que tenés que aprender — dijo Serpentina dando vueltas.

Daniel se reía como los niños saben reír y Serpentina, con su vocecita suave, le contaba muchas cosas. Le explicó que la gente, como no sabe cuáles son buenas y cuáles malas, les tienen miedo

a todas las culebras.

Daniel fue creciendo y Serpentina también. Los repollos se cortaban y se volvían a sembrar, una y otra vez; las lechugas y los rabanitos se arrancaron muchas veces, y ellos seguían siendo amigos. Algunas veces, Daniel escondía a su amiga en una bolsa del pantalón y la llevaba a su casa. En varias ocasiones la dejó pasar la noche en su cuarto; ella se escondía en un zapato, entre los juguetes o en una gaveta, y cuando hacía mucho frío, la dejaba escurrirse entre las cobijas de su cama.

Una vez, Daniel fue a la huerta para encontrarse con su amiga, cuando la vio correr a lo lejos y perderse en una era de perejil.

— Quiere jugar conmigo — pensó, y se puso a buscarla entre las hojas.

— ¡Daniel! — oyó decir a sus espaldas.

Era Serpentina.

— ¡Te lo he dicho — regañó su amiga —, no todas somos iguales!

El niño la miró desconcertado.

— Ya sé, la confundiste conmigo — agregó preocupada —. Si esa llega a morderte ...

Porfirio estaba deshierbando la huerta y la siguió con el machete en la mano.

— ¡No Porfirio! — gritó el niño —. ¡Es amiga mía!

Ella temblaba de angustia. Se sentía culpable de saber a su amiguito en peligro, y por poquito enfrió su lomo el filo del cuchillo.

¡Fueron dos sustos muy grandes!

Serpentina se escurrió veloz entre los cipreses de la cerca, y no sé, si alguna vez volvieron a encontrarse.



Gotaluna



Esta brujita tenía un problema: como era buena, los brujos no la querían.

No deseaba volver con los de su raza, entonces debía permanecer oculta mientras la olvidaban. Eso no iba a ser fácil: ella tenía sus poderes y los brujos no iban a querer desperdiciarlos. Por eso buscó un lugar para vivir; escogió la alcantarilla de la esquina, porque era muy grande por dentro.

Un día, se dió cuenta de que el agua tiene música y empezó a coleccionarla. Los pajaritos le ayudaban a traer las gotas, en el pico o escondidas bajo las alas, de lagos, de chorros, de fuentes o cascadas y del mar, cada una con sonido propio.

Al nacer, la habían llamado Gotamugre, porque era pequeña y sucia, pero sus amigos pajaritos, encontraron que una brujita limpia y alegre, no debía llamarse así. Entonces, organizaron una fiesta en la mañana, porque los bautizos se hacen con sol. Eso sí, pusieron una condición: la música debía hacerla ella misma. ¿Quién podría lograr una melodía más dulce? Y aquella mañana, apenas salió el sol, un yigüirro la bautizó con el bello nombre de Gotaluna.

Ella sabía que los astros, cuando están tristes, lloran como los niños. Una vez hizo un recorrido por los cielos, para recoger las lagrimitas de las estrellas. Cuando regresó, con el delantal lleno de puntitos rutilantes, encontró a un sapito chapoteando en el agua musical que recogía para bañarse, en una tina que había hecho con una campana puesta al revés.

¡Qué charco de notas! Por esta vez, Gotaluna perdió su buen humor y casi deja caer las gotaestrellas de su delantal. Reniega y reniega, empezó a recoger sus gotitas, que sonaban destemplado al caer de nuevo en la campana. El sapito, muy acongojado, le ayudaba a juntarlas. Pero a Gotaluna le hizo mucha gracia la sorpresa del sapito al oír las gotas con sonidos diferentes, y no pudo contener la risa. Él se rió también y se alegraron los dos. De ahí en adelante, fueron muy buenos amigos. Él la visitaba con frecuencia para llevarle gotas de los rincones húmedos de las orillas de ríos y quebradas. Eran gotas verdes con sonido vegetal, para reponer las que se quebraron el primer día que rieron juntos.

A Gotaluna no le interesaba la comunidad de brujos, pero hacía mucho tiempo que no veía a su mamá. Un día, decidió sobrevolar la aldea sin dejarse ver. Se dio cuenta de que todavía su madre lloraba por ella, y los brujos se burlaban diciendo:

—Ya podrías olvidarte de Gotamugre, hace tiempo que murió.



Y la anciana contestaba:

— No. . . yo sé que en cualquier momento voy a verla aparecer.

— ¿Cómo vas a lograrlo? — le decían —. De tanto llorar se te ha lavado la fuerza para lograr algún hechizo.

Y los brujos se caían de risa.

Gotaluna esperó a que su madre quedara sola y entró por la ventana.

— Vamos, ¡ligero! —le dijo —. Te llevaré conmigo.

La mamá se alegró mucho, pero enseguida se le apagó la felicidad y se disculpó diciendo:

— No puedo seguirte; hace tiempo que no tengo escoba.

— Las brujas buenas no la necesitan — aseguró la hija —, pueden volar sin escoba.

Tomadas de la mano, volaron juntas sobre tierras y mares y bajo la luna y el sol, hasta la alcantarilla donde Gotaluna guardaba su tesoro en gotas.

La madre era feliz con su hija que tenía tan buenos amigos que hasta le habían cambiado el nombre. Todos llegaron a conocerla. El sapito la visitaba con frecuencia. Tardes enteras se quedaba oyéndola contar de los brujos malos que ya se estaban gastando; iban perdiendo sus facultades, y a cada rato, los trucos les salían al revés.



— Ya no visten de negro —decía la anciana— creen que el poder está en la ropa. Pasaron al azul, luego al verde, al amarillo, al rojo. . . ¡nada! Ahora se visten de morado, pero su magia sigue siendo inútil.

Gotaluna tiene ahora una familia feliz. ¡Cómo gozan todos juntos, cuando la ven recurrir a sus poderes! Convierte a los rayos del sol en hilos dorados y los de luna en hebras plateadas, y teje con ellos sus vestidos. A veces, suspende la lluvia en su caída, para escoger las mejores notas; y hace salir del fondo de la tierra, gotas de amatista, zafiro, esmeralda, topacio y rubí, para hacer música de arco iris.

Gotaluna tiene mucho trabajo limpiando sus gotas. Cuando le traen sonidos nuevos, vuelve a acomodarlos según su tono. Y en las noches, con un botón de margarita cortado al atardecer, toca suaves melodías, para que los niños duerman bien.

En las noches claras, la música es mejor; pero las noches de luna llena son una verdadera fiesta, porque entonces Gotaluna se pone su vestido de gala, y mientras su madre la acompaña, los ratones, los caracoles y los grillos, se reúnen a escuchar y cantar. Y esas noches, las estrellas llevan el compás y los niños tienen lindos sueños.

Federico y el Sol



Federico se levantó una mañana y preguntó:

—¿Por qué no puedo ver?

— Porque está oscuro — le dijeron.

— ¿Y por qué está oscuro?

— Porque no ha salido el sol.

— Ah ya sé — dijo —, el sol es el que trae la luz.

Otro día, Federico tuvo que ponerse suéter; entonces preguntó:

— ¿Por qué hace tanto frío?

— Porque no ha salido el sol — oyó decir.

— Ah ya sé — pensó —, el sol es el que calienta.

Pasaron muchos días oscuros y grises como las ratas mojadas. Entonces se dijo:

— Qué horrible es estar sin sol, todo se ve triste y hace mucho frío.

El sol salió muy brillante una mañana. Federico salió corriendo al jardín y le dijo:

— ¿Por qué no habías vuelto? Las mariposas se fueron y las flores no quisieron abrirse. ¿Por qué no venís todos los días?

— Siempre llego — dijo el sol —, pero a veces hay tantas nubes y son tan espesas, que mis rayos no pueden llegar tan claros y tibios; por eso no ves mi luz, ni sentís mi calor.

— Entonces será mejor que me vaya con vos — decidió Federico —. No me gustan los días tristes.

El sol dudó un momento:

— Nunca ningún niño se ha venido conmigo. Pero si querés. . . subí por mis rayos y llegá hasta donde podás soportar el calor.

Federico escogió un rayo muy brillante; parecía más fuerte que los demás, y subió y subió por donde estaba tibio y más tibio, hasta llegar donde sintió calorcito, como cuando se sentaba en el regazo de mamá.

Y el sol dijo:

— Ya no subás más; arriba hace demasiado calor.

Federico era un niño obediente y se acomodó en la parte más agradable del rayo amarillo.



— Rápido, no podemos perder tiempo —dijo el sol—. Todo tiene que seguir.

Allá abajo, su casa se alejaba. Se alejó su ciudad, su país. Lo que veía brillante y luminoso se hacía pequeñito y se perdía a lo lejos. Vio pasar muchos lugares que no conocía, y grandes trechos de mar, azul como los ojos de su hermanita, y Federico preguntó:

— ¿Qué son esos puntitos?

— Son islas —dijo el sol—. Sentate más abajo; podrás verlas mejor.

Y Federico, bajando unos escalones, porque las escaleras del sol también tienen gradas, se sentó en un peldaño dorado, desde donde vio playas, montañas y ciudades. Estaba feliz viendo tantas cosas y aprendiendo muchas más del mundo en que vivía.

Así siguieron viendo países desfilando bajo sus pies, y el sol le explicaba cómo se llamaban y cómo eran los niños que vivían allí. Había niñas del color del pan recién salido del horno, que bailaban con enaguas de paja y collares de flores, con los pies descalzos sobre la arena, mientras sus hermanos jugaban con las espumas del mar. Otros, tenían el color de las tortillas, cuando las hacen con maíz amarillo, y los ojitos como si fueran los ojales para dos botones grandes. Los de más allá, tenían la piel color del café tostado y el pelo muy crespo y enrollado como las puntas de los helechos.

Después el sol dijo:

— Se me olvidaba; a tu izquierda y a tu derecha, no los podés ver, están los polos. Son los extremos de la tierra. Quedan tan lejos, que mis brazos no llegan durante algunos meses del año, por eso hace mucho frío.

Federico pasó mucho rato sentado en el rayo, admirando el mundo desde arriba. Encontraba algo nuevo en todas partes; pero al fin se sintió cansado.

— ¿Cuándo es de noche? Quiero dormir —bostezó.

— Mientras estés aquí —dijo el sol—, nunca será de noche. Donde yo estoy siempre es de día.

— ¿Y cuándo dormís? —quiso saber el niño.

— Nunca duermo. No puedo dormir con tanta luz —contestó el sol.

— ¿Y no te cansás? —se extrañó Federico.

— No puedo cansarme; aunque lo hiciera, no puedo dormir. Tendría que apagar mi luz, y no sé si podría volver a encenderla —dijo el sol.

— ¿Por qué no probás? —propuso Federico.

— Porque si no puedo encenderla, el mundo se quedaría a oscuras. Las plantas se harían pálidas y flacas y nunca tendrían flores. Los animales perderían sus fuerzas y los niños siempre tendrían frío.



— Sería terrible —dijo Federico—, pero yo tengo sueño.

— Vas a tener que regresar a casa y esperar la noche —dijo el sol.

— Tendré que hacerlo —dijo el niño— pero me duele dejarte; ha sido muy feliz el tiempo que pasamos juntos.

— Te veré todos los días —prometió el sol.

Y Federico, entre bostezos, vio pasar más países, islas y mares.

— Bajá ahora —le dijo el sol—, ahí está tu tierra.

— Muchas gracias —dijo Federico, resbalando por el rayo, como si fuera un tobogán amarillo.

Venía con todo el oro del sol en el pelo y los ojos con claridad de cielo.

Se hizo de noche. Federico se acostó y soñó con todos los niños del mundo. Durmió mucho, porque estaba muy cansado. Al día siguiente, el sol entró por la ventana y lo despertó.

Desde entonces, se levanta muy temprano para saludar a su amigo. Cuando está nublado, sólo parte de su luz puede atravesar el espeso colador de nubes, pero aunque no pueda verlo, sabe que el sol está detrás y lo saluda.

Federico tiene todavía la cabeza llena de oro, y la tendrá, mientras crea que los niños pueden subir al sol y ver girar el mundo, sentados en el rayo más fuerte y más brillante.

El más vivo



e fue por el campo, visitó muchos pueblos; fue a los ríos, a los montes y a los valles, y no pudo hallarlo.

A la entrada del bosque, se entretenía con las flores. Su piel de pelos largos y tiesos, color de tierra seca, lo cubría todo menos el rabo. Dos ojillos negros se fijaron en los suyos. El animalillo corrió asustado hasta el fondo del bosque y se escondió detrás de un árbol. Como era curioso, se asomó para preguntarle:

— ¿Cómo te llamás?

— Me llamo Cátara, me llamo Cátara, me llamo Cátara. . . — parloteó alzando el vuelo y parándose en la primera rama del árbol—. Y vos, ¿cómo te llamás? —preguntó desde arriba.

— Chucurrusco —dijo desde el suelo.

— ¡Hasta que te pude encontrar! —le dijo—. Tenía que conocerte; un animal con ese nombre. . .

Chucurrusco logró subirse al árbol. Fue entonces cuando Cátara le vio el rabo tieso y pelado.

— Sos un zorro, ¿verdad?

— ¡Claro! ¿Y qué clase de animal sos vos? — preguntó curioso.

— Un pájaro, ¿no ves? — dijo abriendo las alas.

— Entonces — dijo acercándose —, yo debería comerte.

— ¡Cómo se te ocurre! ¿No ves que todavía estoy verde? — contestó astuta.

— Es cierto — dijo él pensativo —, esperaré a que estés madura.

Cátara comprendió que, aunque pequeño, podía ser peligroso, y se remontó cortando el aire con el verde filo de sus alas. Chucurrusco bajó del árbol. Arañando el suelo con las uñas y arrastrando el rabo, trató de seguirla; pero la perdió de vista. Buscando, buscando, llegó a la orilla del río.

— ¿Has visto a Cátara? — le preguntó.

— No la conozco — respondió con voz profunda.

— Tiene alas y pico y usa vestido verde — explicó Chucurrusco.

— ¿Habla como la gente? — preguntó el río.

— Sí —contestó.

— Entonces es una lora — susurró el río.



— No lo creo — se extrañó Chucurruco —, me dijo que se llama Cátara.

— Eso no quiere decir nada. Yo me llamo San Juan, y por eso no dejo de ser río.

— Entonces quiero encontrar a la lora, para jugar con ella.

El río le preguntó a las piedras:

— ¿Han visto a Cátara?

Y las piedras dijeron con voz cascada.

— ¿Quién la busca?

— Chucurruco el zorro — dijo el río.

— ¿Para comérsela? — dijeron desconfiadas.

— No — dijo él —, todavía está verde.

Las piedras soltaron la carcajada y no podían dejar de reír.

— ¿Por qué se ríen? — dijo disgustado.

Y el agua cantó:

— Porque todas las loras son verdes.

— Cátara se burla de mí porque todavía no sé muchas cosas —renegó Chucurruco entre dientes—. Ella no sabe que soy de

una familia de listos. Ya veremos quién es el más vivo.

Y el agua comentó:

— Siempre hay uno más vivo —y se alejó con su ruido de papel de seda y organdí.

Entonces, Chucurusco se fue preguntándole a los árboles, a las flores y a los caminos, hasta que llegó al pueblo. Estaba tan cansado, que pasó indiferente por el gallinero, subió a un árbol, se hizo un puño en una horqueta y se quedó dormido.

Al amanecer lo despertó una gritería:

— Yo soy Cátara , yo soy Cátara, yo soy Cátara. . .

Chucurusco creyó estar soñando: colgada de una rama, había una jaula con un pájaro verde.

— Conque Cátara — le dijo —. Hace tiempo te ando buscando. Te burlaste de mí. Pero. . . de ésta no te salva nadie.

— ¿No te das cuenta? — dijo ella —. Todavía estoy verde.

— Ya no me vas a caminar con ese cuento. Yo soy ahora el más vivo. Y la lora empezó a gritar:

— Pobre Cátara, pobre Cátara, pobre Cátara. . . y despertó a la gente de la casa.

El zorro llegó hasta la rama; y mientras se relamía, empujó y empujó y tiró la jaula. Cátara, rodando por el suelo encerrada en un montón de alambres, gritaba con más gana:

— Pobre Cátara, terre-moooto, terre-moooto, terre-moooto. . .

Todos corrieron al jardín asustados. Chucurusco no acató a huir y el señor de la casa lo agarró y lo metió en un estañón vacío.

— Yo acabo con este zorro, de una vez por todas — dijo y se fue a traer la pistola.

Chucurusco fijó sus ojitos suplicantes en una cara de mujer que se asomaba desde arriba.

— Pobrecito — dijo ella a su marido —, ¿cómo vas a matar a un pobre animalito indefenso?

— Este es, con seguridad, el que se come las gallinas — alegó el marido.

— ¿No te da lástima? ¿No ves cómo te mira? — insistió casi llorando.

— Estas mujeres siempre con sus sentimentalismos — se quejó él muy disgustado y volcó el estañón de un manotazo.

Chucurusco estaba tan asustado, que salió huyendo y nunca más volvió. Y ahí siguen los vecinos despertando cada mañana con:

— Yo soy Cátara y estoy verde, soy Cátara la verde, Cátara la verde. . . verde, verde, verde . . .



Las loras son animales silvestres y nunca deben ser mascotas.
Para aprender más sobre ellas y cómo protegerlas, visitá www.macawrecoverynetwork.org

El borrador mágico



a lluvia lavó las nubes hasta dejarlas limpiecitas. El sol asomó tras la montaña y metió sus rayos en todos los rincones. Las flores abrieron sus corolas y lo saludaron con una sonrisa. Desi estiró el brazo y tomó con la mano, un pedazo de nube.

— ¿Para qué puede servirme esto? —se preguntó.

Mientras pensaba en el uso que podía darle, lo amasaba y lo amasaba. Primero era como un suspiro, después se hizo como si fuera masa de pan. Y fue haciéndose casi sólido, hasta convertirse en un trocito blanco y elástico.

— ¿Para qué puede servir? —seguía preguntándose mientras tocaba con él, todos los objetos a su alrededor. Quería ver qué efecto tenía sobre las cosas. Notó que las superficies lisas se empañaban. Después la masa se endurecía más, y algunos objetos, desaparecían cuando los frotaba con ella.

— ¡Esto es un borrador! —se sorprendió.

Por el momento lo guardó bajo la almohada. Tenía que encontrarle uso.

El sol entró por la ventana repartiendo ideas. Desi saltó de la cama y empezó a frotar sus juguetes con la bolita gomosa. Limpió la carita de sus muñecas. La pierna de su osito, quedó curada. Recordó que su libro de cuentos estaba muy dañado: lo reparó con su borrador.

— Esto es una maravilla —pensó—, debe servir para algo más.

Descubrió que cuando se portaba mal y usaba su borrador, se olvidaba su mala acción. Lo malo fue que empezó a descuidarse, ya no le importaban las malas notas, contestaba mal, peleaba con sus compañeras, rompía los libros y los juguetes, era irrespetuosa con las maestras. . .

Pero en las noches no podía dormir; se avergonzaba ante sí misma. . . Desi era una niña buena, no podía estar tranquila sabiendo que actuaba mal.

— Traeré mi borrador —se dijo—, así dormiré bien.

Pero el borrador que había borrado tantas cosas, no tuvo magia suficiente para quitar su angustia.

Cuando amaneció, se sorprendió al ver en la silla junto a su cama, el osito, otra vez con la pierna rota. . . Trajo el borrador y empezó a frotarlo con insistencia.



— Este borrador se descompuso —pensó—, necesito otro—. Y lo tiró al suelo con desprecio.

Para ahuyentar su disgusto, salió a pasear por el campo. Hecho un puñito blanco bajo las hojas, había un conejo. Golpeó el suelo con el pie, para verlo correr asustado, pero el animalito sólo pudo estirarse en un intento de huir: tenía quebrada una patita trasera. La niña lo tomó con cuidado y lo llevó a su casa. Recorrió con angustia cada rincón de su cuarto hasta encontrar el borrador que había tirado por inservible.

— ¡Por favor! —rogaba—. Ahora sí te necesito.

Pero fue inútil; lo frotaba una y otra vez, y la patita colgaba sin fuerza como si fuera de trapo.

— No estés triste —dijo mientras la envolvía con cariño—, mañana haré otro borrador.

Todos los días, salía con la esperanza de poder hacerlo, mientras el conejo, con su patita envuelta, reposaba manso y comía de su mano las hojitas tiernas que Desi le llevaba. Cuando salió el sol otra mañana, corrió una vez más y estiró los brazos cuanto pudo, pero las nubes se alejaban y no podía alcanzarlas. Al fin logró coger un trocito, pero éste se deshizo en sus manos. Acongojada trajo el viejo borrador y empezó a amasarlo con desesperación.

— Por favor —sollozaba—, te necesito, te necesito mucho.

Las lágrimas cayeron en el borrador que se fue suavizando; se hizo otra vez como masa de pan, como suspiro, y después fue un humito blanco que regresó a las nubes.

Desconsolada, corrió a casa y se echó sobre la cama. Lloró tanto que se quedó dormida.

Algo la despertó.

El conejo, apoyado en sus patitas traseras, había alcanzado la cama y le besaba la mano.





Estos son los cuentos,
que contó Amapola, a la
hora del almuerzo, en el
comedor de la casita de
ayote.

**Luz
de luna**

Luz de luna



ació en la noche de la luna más grande y luminosa; la de marzo.

—¿Quién soy?—preguntó.

—Un ternero—le contestó una voz tibia y agradable.

—¿Y vos?—quiso saber.

—Una vaca, tu mamá.

Desde que tuvo conciencia, fijó su mirada en un destello blanco plata que lo hacía parpadear. Cuando su vista se aclaró y pudo sostenerse en sus cuatro patitas, hizo el intento de caminar en esa dirección.

—No te alejés—oyó decir a la madre.

—¿Qué es eso?—preguntó levantando la cabeza.

—“Eso” es la luna —le dijo la vaca, lamiéndole el lomo.

—Luna. . . luna. . . —repitió mirando al cielo—. Camina—agregó pensativo—. ¿Adónde va tan ligero?

Y la vaca, fijando en él su mirada orgullosa, le explicó:

— No va ligero, son las nubes las que se mueven con rapidez.

— ¿Qué son las nubes? —quiso saber ahora.

— Es el agua cuando sube al cielo —dijo la vaca con una sonrisa bondadosa.

— ¿Qué es agua? —dijo acercándose a su madre como buscando protección.

La vaca lamía cada trocito de su tierna piel y se le acercó para calentarlo. El ternero le devolvió la caricia con su beso húmedo de vida.

— ¿Qué es agua? —volvió a preguntar.

La vaca se acercó lenta, a la orilla del río. El ternero la siguió sobre sus patitas tambaleantes.

— ¿Por qué canta? —preguntó siguiendo con la vista la corriente del río.

— Porque va para el lago.

— ¿Lago? —y recogió con sus ojillos redondos, la dulce mirada de su madre.

La vaca lo contemplaba con los ojos del corazón, pero estaba cansada; había sido un día lleno de emociones. Se echó sobre la hierba, invitando a su ternero a hacer lo mismo, y se durmieron



los dos bajo la luna.

El sol los despertó con un silencio dorado que le devolvía al campo la vida del verano. El ternero estaba sorprendido: ¡había tanto que ver! Ya sus patitas lo sostenían con firmeza y hasta pudo echarse una que otra carrerita. Con tanta cosa nueva, no se cansaba de preguntar:

— ¿Qué es eso?

— Flores.

— ¿Y eso?

— Árboles.

— ¿Y aquello?

— Hierba.

— ¿Y eso otro?

— El río.

— ¿Adónde va? —preguntó de nuevo.

— Al lago.

Juntos caminaron con la corriente entre las hojas frescas y las florecillas silvestres, por la ribera del río. El agua se perdió silenciosa en otra agua que no corría ni cantaba. Estaba quieta; sólo el viento, mientras la acariciaba, le erizaba la piel. La vaca se acercó a beber y el ternero probó el agua fresca. Cuando las

ondas se dispersaron y la superficie volvió a ser espejo, apareció una figura.

— Ese sos vos —dijo la madre.

El hijo intentó, por primera vez, conocerse a sí mismo. Todo estaba lleno de cosas maravillosas. Lo más bello que había visto era: anoche la luna, y ahora este lago.

Pero. . . nunca volvió a ver esa luna. En su lugar, asomaba otra pequeña, que a veces se rompía y sólo aparecían los pedazos. Y él suspiraba por la luna grande, la de verdad.

Con el tiempo llegó a ver doce lunas, pero ninguna con el brillo y el esplendor de aquella que recordaba desde el verano anterior. Y una noche se sorprendió: un brillo blanco asomaba entre los árboles. Enseguida, la luz de luna que había alumbrado su nacimiento, lo alcanzó todo y el prado aparecía pintado con un pincel maravilloso.

— Me siento muy feliz —repetía el ternero mientras corría y brincaba tratando de alcanzar la luna.

— Me alegra verte contento —rumió la vaca—, pero la luna no es la única belleza que nos rodea: están los árboles, el río, el lago. . .

— ¡El lago! —dijo el ternero—. ¿Cómo se verá ahora? —y envió sus pensamientos a la luna.

El ternero había crecido: conocía su mundo. Sabía qué podía y qué no debía hacer. Ahora la vaca tomaba la vida con más



calma. El ternero retozaba alrededor; ya se cansaría de correr y entonces buscaría el calor de su madre para pasar la noche. Echada bajo un árbol de ramas grandes, por donde se colaba la luna dibujando los sueños en el suelo, la vaca se quedó dormida.

El ternero se acercó al río y jugó con las espumas que corrían con el agua sin saber adónde iban. Él sí sabía: iban para el lago y las siguió. ¡Nunca lo había visto tan bello!

La luna se había derretido y un reflejo grande y redondo, un brillo de verdad, temblaba con el agua.

Y esta fue la primera vez que un ternerito se metió al lago para bañarse con la luna.

**Todo
en orden**



n día, el Oso Riguroso se dio cuenta de que en ese bosque todo andaba mal. Sus habitantes se habían perdido el respeto y a ninguno le importaba un trébol cumplir con sus obligaciones.

Los animales se negaban a comer lo que acostumbraban; mientras los aguacates y las toronjas ya no alcanzaban, las guayabas y los nísperos se caían de maduros y llenaban el bosque de cáscaras y semillas podridas.

— Voy a tener que hacer algo —dijo el oso espantándose las moscas.

Con la esperanza de encontrar alguien con quien conversar, tomó el camino del centro.

Antes era amplio y despejado —iba diciendo con su voz de trompeta vieja—. ¡Qué basurero! Las ramas y raíces crecen por donde les parece; apenas se puede pasar.

Refrescándose en un charco, encontró a la Tortuga Tamuga.

— Qué bueno que la encuentro —le dijo—, usted debe haber

notado el desorden de este bosque.

La tortuga estaba cada día más indolente; hasta hablar le daba pereza. Pasaba el tiempo dormitando bajo las hojas, y sólo la necesidad le daba valor para sacar la cabeza, estirar las patas, y arrastrarse hasta el agua que ahora se negaba a correr.

—Todo cambia —opinó con lentitud—, y no siempre para mejorar.

Gruñendo con disgusto, el oso se fue a buscar a otro animal más dispuesto. Estirando el cuello para alcanzar las hojitas más tiernas de un árbol, encontró a la Jirafa de Paja. En sus tiempos de juventud, habían sido muy amigos.

— ¿Has visto el desastre de este bosque? — le dijo a manera de saludo.

La jirafa era medio muda, pero hizo un esfuerzo y dijo:

— ¡Claro! Hasta yo he cambiado. ¿No ves que no puedo de gorda y sigo comiendo?

— Hay que conservar la buenas costumbres —predicó el oso.

— ¡Ah ! Las reglas del bosque. Ya nadie se acuerda de eso — dijo la jirafa mientras se estiraba para alcanzar otra rama.

— Empecemos nosotros a dar el ejemplo —propuso el oso—. Verás como todos van haciendo lo mismo. Si los dos trabajamos juntos. . .



— Ni me digás —interrumpió la jirafa—. Yo con este cuerpo. .
. me cuesta hasta tomar agua.

El Oso Riguroso decidió no perder más tiempo. Si los amigos respondían así, qué podía esperar de los demás. Como todo andaba al revés, el león había perdido el mando. Ahora era la Mona Regañona la que gozaba ese privilegio. La encontró colgada del rabo meciéndose en un árbol, con su hijita en los brazos.

— Buenos días —dijo el oso—. Vengo a ofrecerle mi ayuda para que haga uso de la autoridad que se le dio a usted en la última asamblea de animales, y arreglemos este bosque.

— ¿No ve que estoy muy ocupada cuidando a mi Monita Bonita? —respondió la mona subiéndose a una rama más alta—. Váyase donde el león; díglele que se haga cargo él otra vez.

El Oso Riguroso empezaba a desesperarse, pero su carácter no le permitía dejar las cosas a medias, y se fue al fondo del bosque a buscar al León Refunfuñón.

— Buenas tardes —dijo disimulando su disgusto—, vengo de parte de la Mona Regañona; ella le devuelve la autoridad, para que usted ponga todo en orden. . .

— Ya nada tengo que ver con eso —dijo el León Refunfuñón limándose las uñas, y le dio la espalda renegando entre colmillos.

El Oso Riguroso no se dio por vencido y siguió con su ronda.

El Puerco Espín Bailarín contaba pasitos para un lado y otro, y daba vueltas en las puntas de sus patas.

— Yo no puedo; tengo que practicar mi baile —se disculpó ensayando un paso nuevo, pues hasta la música del bosque tenía otro compás.

El Oso Riguroso quedó sorprendido cuando tocó a la puerta del Venado Ordenado: todo estaba limpio y en su lugar. Se veía tan feliz. . .

— Estoy dispuesto —dijo el venado, y se pusieron a conversar.

Después de mucho hablar, llegaron a la conclusión de que los animales del bosque estaban echados a perder y nada se podía esperar de ellos. Le pidieron a la Mariposa Silenciosa que viajara a la ciudad a conocer personas preparadas, y escogiera la más capaz. Le llamó la atención un pájaro que hablaba como la gente, y lo contrató.

La Lora Habladora llegó revoloteando de rama en rama; recorría el bosque visitando las casas de los animales, preguntando y contestándose ella misma, y dando instrucciones por todas partes.

Todos quedaron muy impresionados, pero sus consejos no eran efectivos. Por más que se empeñaba en imponer nuevas leyes, el bosque andaba cada día peor.

La Serpiente Valiente decidió intervenir: tanto alboroto



interrumpía su sueño. Salió de su hueco en la horqueta del árbol más grande, donde hacía la siesta de su último almuerzo, y citó a todos los animales a una asamblea general.

— Que la Lora Habladora regrese a la ciudad — dijo asomando la cabeza entre las ramas —. Los problemas del bosque, sólo pueden ser arreglados por los mismos animales del bosque.

Ante esta reflexión de la serpiente, que sólo estaba esperando silencio para volver a dormirse, ninguno faltó a la reunión. El Oso Riguroso presentó el caso con tanta claridad y sabiduría, que despertó el entusiasmo y todos prometieron ayudar.

La Tortuga Tamuga, el León Refunfuñón, la Mona Regañona, la Monita Bonita, la Jirafa de Paja y la Mariposa Silenciosa, se comprometieron a cumplir con las nuevas disposiciones. El Oso Riguroso se ofreció, con la ayuda del Venado Ordenado, a ver que todos cumplieran con ese compromiso. El Puerco Espín Bailarín, prometió invitar al baile de Año Nuevo, a los animales que durante el año hubieran mantenido su promesa.

Dicen que en ese bosque, cada vez hay un mayor número de invitados y las fiestas resultan muy alegres.

El viento amigo



uan es un niño feliz porque es amigo del viento.

Un día, estaba muy bravo y el viento le sopló la seriedad; entonces le dio risa. Desde esa vez, Juan y el viento, se hicieron muy amigos y siempre andaban juntos. Cuando Juan estaba aburrido, el viento le contaba cuentos y lo invitaba a pasear. Se encontraban en el jardín y en el parque; en la calle y en la iglesia, y cuando Juan no salía, el viento golpeaba la ventana de su casa para llamarlo. Así, con el viento, conoció muchos lugares; hasta fue a ver a su caballo Pinto, a la finca de su abuelo Tito.

Allá, el viento soplaba con más fuerza, peinando los cañales y los campos de arroz, y tiraba hojitas secas a las espumas del río. Barría, como una escoba nuevecita, los corredores y el jardín; a veces, hasta se metía por las ventanas. El viento es muy indiscreto y se mete en todas partes. Entraba a la cocina para saber qué estaban haciendo para el almuerzo y la comida; a la sala para ver si habían limpiado bien; y hasta a los cuartos, para darse cuenta si habían puesto sábanas limpias.

Juan se iba de viaje; tenía que vivir un tiempo, con su papá y su mamá, allá, muy lejos. Cuando fue a despedirse, afligido porque no se volverían a ver, el viento le dijo:

— No te pongás triste, nos seguiremos viendo.

— Pero, tengo que irme — le dijo Juan.

— Yo ando por todas partes — le explicó el viento —, allá también te voy a ver.

Cuando el avión subió hasta las nubes, el niño se sorprendió: era su amigo viento quien lo iba sosteniendo. Juan se asomaba a la ventanilla y lo saludaba con la mano.

Al llegar a la ciudad, Juan quedó impresionado con aquellos gigantes de oficinas y comercios, y más allá, más gigantes de apartamentos, donde vivían innumerables familias.

— ¿Cómo pueden vivir así? — se preguntaba —. No hay árboles ni flores, todo es piedra y cemento. El cielo apenas se adivina entre las torres de los edificios.

Se sintió mejor cuando llegaron a la casa; era un primer piso con un parque al otro lado de la calle. Corrió a la ventana: en el parque, el viento jugaba con las flores.

Allá, lejos de su patria, Juan le contaba sus penas al viento que le llevaba recuerdos de su caballo Pinto, de los otros animales, y de los amiguitos que había dejado.



En el verano, el viento movía con fuerza las ramas, para que Juan pudiera recoger las frutas maduras.

Cuando llegó el otoño, el viento le llevaba las hojas caídas de los árboles, para que viera cómo el tiempo las pinta de colores.

En el invierno, el viento se hizo muy frío; traía enormes cantidades de nieve que derramaba por todas partes, como si fuera confeti en carnaval. Pasaban los días y seguía haciendo mucho frío: el sol no calentaba. Todo se veía blanco.

Juan le pedía a su amigo viento que no soplara aquellas plumitas heladas que lo cubrían todo, obligándole a quedarse en casa. Sólo a través de la ventana, podía hablar con él.

Pero el viento seguía soplando y trayendo más y más copos de nieve y Juan se enojó con su amigo. Por muchos días no salió a la ventana. Entonces el viento, para hacer las paces, pensó en hacerle un regalo. Y una mañana temprano, el primer día del año, entre las ráfagas heladas y las motitas blancas con que cubrió la ciudad, le trajo una hermanita. Olvidando su resentimiento, Juan salió a la calle para darle las gracias.

— Siento haberme enojado — le dijo —. Es que yo soy de otras tierras y no puedo aguantar tanto frío.

— Lo sé — contestó el viento —, pero hay en el mundo muchos animales que necesitan el frío, como los pingüinos de chaquetas negras y las focas con abrigitos de piel.

— A Pinto no le gusta el frío, ni a los animales de Tito tampoco — protestó.

— Eso también lo sé, por eso llevo calor a unos lugares, y a otros llevo frío. Sería muy aburrido que todo fuera igual. ¿No te parece? De todos modos — agregó —, pronto te llevaré de regreso a tu tierra.

— ¿Y mi hermanita? — preguntó Juan acongojado.

— También la llevaré. Los llevaré a todos en la misma forma en que los traje.

Y el viento se fue hasta donde Pinto para avisarle que Juan regresaba. Pinto se puso a relinchar de alegría y se lo contó al perro. El perro se lo dijo al gato y el gato a la lora. La lora se lo contó a las gallinas, y como las gallinas son tan habladoras, lo andaban cacareando para que todos lo supieran.

Y una tarde, cuando el sol estaba tendiendo las sábanas anaranjadas en las camas de nubes, para que los angelitos pasaran la noche, Juan y su familia regresaron con el viento. Juan pudo ver otra vez a Pinto, a los animales de Tito, y a los amiguitos que había dejado y lo estaban esperando.

Juan y el viento siguen siendo amigos. El niño se ríe cuando el viento lo despeina y oye lo que le cuenta; porque como el viento corre por todas partes, conoce muchos lugares y sabe todas las cosas que pasan en el mundo.



Bajo la hiedra



ay una enredadera, verde y extendida; la llaman hiedra y crece lenta y silenciosa cubriendo los edificios hasta que parecen hechos de hojitas. . . Ahí debajo, vive toda una población de cucarachas.

Las adolescentes, son las que tienen más problemas. Las recién nacidas, dan más trabajo y requieren más cuidado: andan de aquí para allá sin ver el peligro. Las viejas y gordas, con manchones grises y antenas tiesas, no hacen nada; sólo esperan descansar. Las que se están haciendo viejas, no saben qué hacer con su tiempo y viven inventando reuniones. . . Todo el tiempo hacen reuniones.

La señora Yoqueséqué cumple años, hay que hacerle una fiesta. Doña Quiénsabecuándo se va de viaje, debemos despedirla. La señorita Nuncallegó está muy sola, festejémosla para alegrarla. En la casa de la familia Paseadelante hay un huésped... sería bueno hacerle una atención. . . Entonces se ponen a conversar. Todas tienen algo que contar y quieren hacerlo primero. Total, todas hablan al mismo tiempo y ninguna entiende nada.

Entre la señora Yoqueséqué y doña Quiénsabecuándo hay un viejísimo resentimiento. Allá, cuando las dos eran unas cucarachillas quinceañeras, había, bajo la hiedra, un cucaracho guapísimo. El joven Esonosehace no sabía cuál le gustaba más, y, mientras se decidía, empezó a cortejarlas a las dos. La niña Yoqueséqué lloraba porque la otra le estaba quitando el novio y ella lo había conocido primero. Y la niña Quiénsabecuándo, se quejaba de que su amiga era una descarada: le hacía caso al joven Esonosehace, sabiendo que ya era, casi, su novio.

Al fin, Esonosehace pensó que si se ponían a hablar y a lloriquear por él, ninguna valía la pena: él quería una señorita educada y de muy buenos modales, y un día, hizo sus maletas y se fue a vivir a otra enredadera.

Las cucarachitas quedaron muy tristes. Habían sido tontas: se portaron tan mal. . .

Después volvieron a ser como amigas: salían juntas, asistían a reuniones. . . pero amigas, así como amigas de verdad, no. Siempre quedó en sus corazoncitos de cucaracha un rencorcillo que no podían desechar del todo.

Más adelante, las dos se casaron y tuvieron unas cucarachitas muy lindas y unos cucarachos muy guapos, que eran buenos amigos, como son, casi siempre, las cucarachas de una misma enredadera. Pero siempre había entre las madres cierta rivalidad. En las noches, a pesar de que todas hablaban al mismo tiempo, se oían decir:



— Le compré a mi Cuquita un vestido precioso —dijo doña Yoqueséqué—. No había visto, jamás, uno tan lindo.

— ¿Se puede saber adónde lo conseguiste? —preguntó doña Quiénsabecuándo.

— Un vestido así, sólo se puede conseguir en la tienda de doña Traigolobueno.

— ¡Ah! No has visto los de la tienda de la señora Vendolomejor.

— Eso es cuestión de gustos —dijo doña Yoqueséqué—. Los de la señora Traigolobueno son mucho, muchísimo, más finos.

El día que la hija de la Señora Prudente cumplió años, las dos estaban invitadas. Cada una decía que su cucarachita había bailado más y los cucarachos más guapos, habían bailado con ella.

La señora Nuncallegó, también estaba invitada; era una persona encantadora. . . Educada y simpática. . . había sido muy bonita: esbelta y ágil, con ese color de caramelo lustroso y sus antenitas sedosas y esa sonrisa dulce. . . y sobre todo, tenía un gran corazón. Siempre ayudando a los demás. Disfrutaba haciéndole preciosos vestidos a las cucarachitas de sus amigas; por puro gusto, sin cobrar ni un cinco.

Entonces el tema de las discusiones era:

— Muchas gracias, niña Nuncallegó, está muy lindo. Pero. . . el de la Yoqueséqué le quedó mejor.

Y la otra decía:

— De verdad, cose usted muy fino. Pero ¿por qué le puso el mejor adorno al vestido de la Quiénsabecuándo?

O discutían diciendo, cada una, que el vestido de su cucarachita era mucho mejor:

— ¡Claro! Es que la niña Nuncallegó es tan buena amiga mía. .

Pero un día, la señorita Nuncallegó, se aburrió de estar oyéndolas, y no volvió a hacerles ningún vestido.

Una vez, hicieron un paseo a otra enredadera. Cada cucaracha llevaba una canasta con la cena, y, por supuesto, a todos sus hijos muy bien arreglados. Regresaron cuando ya el sol asomaba su luz blanca de la madrugada. Apenas a tiempo para acostarse, porque las cucarachas duermen todo el día. En ese paseo, conocieron a un cucaracho joven y guapo. ¡Qué casualidad! Se apellidaba Esonosehace.

Las cucarachitas estaban muy entusiasmadas. Pero el cucaracho venía desde la otra enredadera, y, primero visitaba a una y después a la otra. Los pleitos de las señoras llegaron a límites alarmantes. Pasaron de palabras fuertes a gritos, y si la señora Prudente no llega a tiempo, hubieran llegado a



los puñetazos. A la indignada señora Prudente le pareció una vergüenza; eso no era de cucarachas educadas. Si no dejaban, de una vez por todas, esa peleadera, ninguno de los habitantes de la hiedra volvería a hablarles, porque eran un mal ejemplo para los jóvenes.

La señorita Nuncallegó también estaba muy disgustada. Como de costumbre, una decía que ya el cucaracho se había decidido por su cucarachita; las últimas semanas la había visitado a diario. La otra decía lo mismo. Hasta que un día, se aclaró el dilema: eran dos, los gemelos Esonosehace, Cuco y Racho.

El padre Todoenorden casó a las dos parejas.

Doña Yoqueséqué y doña Quiénsabecuándo, fueron entonces buenas amigas, porque cuando nacieron las cucarachitas de sus hijas, cada una de ellas estaba convencida de que tenía los nietos más lindos.

La muñeca nueva



o quiero una muñeca nueva. Grande, linda y que camine — dijo Ximena.

— ¿Y Rosita? — se extrañó la mamá —. ¿Ya no la querés?

— Sí la quiero, pero. . . está muy fea. Mejor una con vestido nuevo, y que camine. Rosita no hace nada.

Había sido un buen año. La lluvia fue oportuna y cayó con desprendimiento y sin abuso. No hubo terrenos anegados ni plantaciones ahogadas. No se vieron campos agrietados ni ramazones tostadas. Las semillas germinaron a tiempo y las plantas crecieron verdes y frondosas; las cosechas fueron abundantes.

— Este año ha sido bueno — decían sus papás—, ha sido muy bueno. Las muñecas son regalo de Navidad, pero si querés una nueva, la tendrás para el día de tu cumpleaños.

Y Rosita, que mantenía una sonrisa congelada, en el silencio de la noche, dejaba resbalar unas lagrimitas por sus mejillas de porcelana desteñida. Estas serían las últimas noches en la cama de la niña. La muñeca nueva llegaría en pocos días, y ella pasaría

al rincón de los juguetes viejos. Y su corazoncito de yeso se resquebrajaba de dolor, cuando oía a Ximena decir a sus amigas con cuánta ilusión esperaba la llegada de la muñeca que su padre le había prometido.

En las mañanas, Ximena se levantaba y sentaba en la silla a Rosita, siempre con la misma sonrisa.

— En esta silla — pensaba la muñeca —, la sentará a ella, y yo iré a dar al fondo del armario, con el osito roto, el coche sin ruedas y la bola desinflada.

Los días pasaban: lentos para Ximena; con una rapidez angustiosa para Rosita, que esperaba con dolor el cumpleaños de su dueña.

— Ximena tiene razón — suspiraba —, no fui hecha para caminar, y en vez de reír, sólo tengo esta sonrisa permanente. Me ha peinado tantas veces, que ya casi no tengo pelo ...

No me importaba que me llevara colgada de un brazo, porque lo hacía con cariño. Pero ahora están flojos y el derecho, a veces se me despega. A pesar de todo, yo sé que me ha querido mucho, pero este cariño terminará en el momento en que aparezca la muñeca nueva.

El día de su cumpleaños, Ximena se levantó temprano. No le preocupó Rosita; despeinada y sin un zapato, quedó en el suelo a la orilla de la cama.



Después de almuerzo llegaron sus primitas. Le habían hecho un pastel. Y en la tarde, le trajeron una caja muy grande. Era una muñeca bellísima; la más grande y más linda que Ximena había visto. Tenía un precioso vestido color sandía, que armonizaba con sus mejillas nuevas. Bajo el sombrero, una linda cabellera, que la niña acarició con sus manitas amorosas. Además, se reía como canto de jilguero. Ximena la tomó de la mano y la hacía caminar ante los ojos asombrados de sus primas.

— Vean — sonreía —, ¡vean cómo camina! Esta era la muñeca que yo quería.

Rosita, desde el fondo del armario, junto al osito, el coche y la bola, se arrugaba de angustia. Era la muñeca que Ximena quería.

Cuando cayó el sol y se fueron las visitas, comieron juntos comentando la fiesta de cumpleaños.

— Bueno Ximena — dijo la mamá —, has tenido un día muy feliz, ¿verdad? Pero ya es hora de dormir.

La niña era obediente. Tomó a la muñeca de la mano; paso a pasito la llevó hasta el cuarto. La sentó en la silla, le arregló el peinado y le alisó el vestido. Trajo una cobijita y le abrigó las piernas.

Preparó su cama, buscó en el fondo del armario, y se durmió con Rosita en los brazos.



Estos son los cuentos, que
contó Amapola después de
la cena, en la sala de la
casita de ayote.

*La
iguana
de Felipe*



La iguana de Felipe



obre iguana, todavía no entiende cómo se le ocurrió hacer semejante tontera: meterse en el equipaje de un veraneante.

Así llegó a la ciudad: escondida en una canasta. No vio la ruta; por eso, no tenía la menor idea de cuál era el camino a su casa.

Allá dejó a su familia, a sus amigos. . . allá quedó la playa con arena, caliente bajo el sol y fresca bajo la sombra de los almendros. Allá quedó la música acompañada de las olas. . . las noches azules pringadas de puntitos brillantes.

La iguana no sabía qué hacer. Pasaba las horas escondida, porque una vez, tenía mucha hambre y se arriesgó a salir al jardín en busca de algún bocadito, y causó tal sensación, que casi se muere del susto. A la cocinera poco le faltó para desmayarse; creyó que era un animal antidiluviano o quién sabe qué, porque se puso a gritar, y hasta llegaron los vecinos. La pobre iguana tuvo que huir y meterse otra vez en el hueco del desagüe de la pila de lavar los trastos. Tenía muchos días de estar allí, soñando con su playa, con su mar, con la arena tibia, con los sabrosos almuerzos que encontraba con tanta facilidad. Aquí sólo conseguía cucarachas y no le gustaban: además de ser tiesas,

sabían muy mal. Cuando ya el hambre la estaba matando, se atrevía a salir por algún bocadito mejor. Pocas veces tuvo suerte. Cuando la veían, se armaba siempre el mismo alboroto. Pero un día, fue muy afortunada: el hambre la tenía desesperada, decidió salir, y en ese momento, llegó Felipe al jardín.

— ¡Una iguana! — gritó.

— Aquí no hay iguanas — le dijo el papá.

— Es una iguana, yo la vi — aseguró el niño.

La iguana se escondió entre los geranios y se quedó muy quieta, sin moverse, sin respirar. . .

— Aquí me quedo — pensó —, que sea lo que me conviene. De todos modos, ya hice la tontera más grande de mi vida. Meterme en una canasta sin saber para dónde iba, sólo a mí se me ocurre. En la ciudad no puedo vivir, todo es cemento y ladrillos. No hay buena comida, y para colmo, todos se ponen histéricos cuando me ven.

Así pensaba mientras veía a Felipe buscar y rebuscar entre las hojas.

— Aquí me quedo —se repetía—, será lo que me conviene. Si me encuentra, ya veremos. Por lo menos sé que Felipe no me tiene miedo; él me ha visto muchas veces, allá, en Playas del Coco.

— ¡Aquí está! —gritó Felipe—. Pobrecita, seguro tiene



hambre.

La iguana se quedó inmóvil. Felipe la alzó y la acariciaba repitiendo.

— Pobrecita, está asustada.

Felipe consiguió una caja grande para hacerle una casa. Como no sabía qué le gustaba comer, le puso un poquito de todo lo que encontró. Ahí vivía la iguana, pero ya no tenía miedo. Guardaba en su corazoncito un orgullo muy nuevo: era la única iguana que había sido acariciada por un niño y tenía nombre de persona. Felipe la bautizó Enriqueta. Eso la ayudaba a soportar la nostalgia de su tierra.

Un día, Felipe decidió llevarla a la escuela. Se desabotonó la camisa, la acomodó a un lado, en la cintura, y volvió a cerrar cada botón.

— ¿Qué tenés? — le preguntaban sus compañeros —. ¿Qué es esa pelota?

Felipe los dejó padecer de curiosidad un rato, pero en el recreo, se las enseñó a sus compañeros. Al principio le tenían miedo a ese animal con dientes afilados como serrucho y esa gran papada colgándole de la garganta y esa cresta que le salía de la nuca y le llegaba hasta la punta de su cola, y la cola era muy larga ...

Los chiquillos corrían, se escondían, gritaban. . . y Felipe los

perseguía. Después les hizo ver que no había razón para temerle: se la ponía en la cabeza y Enriqueta le bajaba por los hombros y, asustada por la gritería, buscaba la abertura de la camisa para esconderse. Poco a poco, se atrevieron a tocarla: no hacía nada.

— ¡Pero es tan fea! — dijo uno de ellos.

Felipe la quería tanto que no la veía fea. A menudo la llevaba a la escuela, aunque la niña Berta le había dicho que no lo hiciera; la presencia del animalito distraía la atención de sus alumnos. Felipe la metía en el pupitre y trataba de olvidarse de ella para seguir la lección, pero Enriqueta no se conformaba con la oscuridad de su encierro, ella también quería aprender. Sacaba la cabeza para oír las explicaciones de la niña Berta. Felipe la empujaba hacia adentro, pero esto sólo servía para provocar la risa de sus compañeros, primero con disimulo, después a carcajadas.

La maestra dio por terminada la lección; los dejó salir al patio para jugar con la iguana.

— La niña Berta quiere hablarte — le dijeron cuando sonó la campana a la hora de salida.

Felipe obedeció con temor; pero la niña sólo le dijo que no dejara de traer a su mascota al día siguiente.

Esa tarde, la maestra preparó una interesante clase de zoología. Así fue como Felipe y sus compañeros, supieron que las iguanas comen brotes tiernos, y algunos pajarillos, cuando pueden



alcanzarlos. Felipe se preocupó al saber que la carne de la iguana es blanca y sabrosa como la del pollo, y, que algunas personas las persiguen para comerlas. Decidió no volver a llevarla a la escuela, la niña Berta había sido muy paciente; no quería molestarla más.

En las tardes, sus compañeros visitaban la casa para ver a la iguana de Felipe. Eso le sonaba muy mal a Enriqueta: le hacía recordar que ya no era una iguana libre.

Llegó julio, había dos semanas de vacaciones. El carro ya estaba listo. Toda la familia tenía su lugar en el vehículo.

— ¿A dónde vas con eso? — dijo el papá.

— Ella no es feliz aquí — contestó Felipe.

— Pero esa gran caja ya no cabe.

Felipe dejó la caja en el suelo, se metió la iguana en la camisa y ocupó su lugar en el asiento de atrás.

— Adiós Enriqueta — le dijo en la playa —, ya sos libre otra vez. Aquí nos estaremos viendo.

La iguana se alejó a poquitos, como queriendo y no queriendo irse. Estaba feliz de volver a su tierra, y sabía que era a Felipe a quien debía agradecer su regreso.

De esto hace ya mucho tiempo. Felipe es ahora un hombre; pero todavía la iguana sabe cuándo es julio y cuándo es enero, y el corazón le da brinquitos de alegría y agradecimiento. Los

chiquitos de Felipe no le tienen miedo, y a veces, hasta resbalan sus manitas sobre su lomo espinoso y corronchudo. Y ella, lleva muy adentro su orgullito, porque, además, es la única iguana que conoce la ciudad y fue a la escuela.

Chester y Jacinto



o venderás maní — había dicho el abuelo —, irás a la escuela.

Por eso, su padre no recorría las calles con su canasta llena de bolsitas como lo había hecho el viejo, viajaba a la región del Colorado, para comprar a los habitantes del lugar el fruto de su pesca, y el coco procesado que llamaban copra. Con frecuencia, Chester acompañaba a su padre en los viajes a La Barra. Le ayudaba a recibir el producto y anotaba en una libreta grande, las cifras que su padre le dictaba, de cuánto se pagaba y se debía.

Allá conoció a Jacinto. Palidejo y mal vestido, llegaba con su padre al muelle. El chiquillo ayudaba con mucha eficiencia a su familia, con la pesca y con la copra, pero no entendía esos garabatos que Chester ponía en las libretas de su padre.

— ¿No entendés? — preguntó Chester sorprendido, evocando la imagen del padre de su padre, desdibujada siempre sobre la misma sentencia: “Hay que saber escribir”.

Jacinto esperaba ansioso la lancha. Su sonrisa se nublaba cuando Chester no llegaba. Pero cuando era feriado, o en tiempo de vacaciones, el niño casi no podía esperar a que llegara al muelle, para abrazar a su amigo.

— Te traigo un regalo — le dijo una vez Chester entregándole un paquete con un cuaderno, unos lápices, y un libro con la muestra de los trazos que debía reproducir.

Jacinto cumplía con empeño las tareas que su amigo le recomendaba, pero no aprendía con la rapidez que Chester hubiera querido.

— Así no vamos a poder — le dijo un día a sus padres —. Jacinto debería ir a la escuela.

— En ese lugar tan retirado no hay escuela — dijo el padre.

— Pero aquí sí — agregó sonriendo la madre.

Muchas miradas se cruzaron y no hubo que decir nada más.

— Jacintooooo, te traigo una noticia — gritó Chester desde la lancha.

Fue una larga conversación. Los niños callaban mientras oían a sus padres.

— Me va a hacer mucha falta —dijo al fin el padre—. Jacinto es una gran ayuda para mí. . . pero usted tiene razón: él debe ir a la escuela.

Así, el chiquillo llegó al puerto con su amigo. Toda la semana iba con Chester a la escuela; los domingos, salían todos juntos a pasear.

Para Jacinto todo era nuevo menos el mar. Era el mismo que golpeaba la costa, allá, donde vivía su familia. El mismo de donde sacaba su padre los peces con que se alimentaban, y los que ponía a secar para vender. El mismo mar mecía, aquí y allá, los botes de los pescadores. Largo rato pasaba el chiquillo mirando el océano. Quizá las olas llevarían a su familia la espuma de sus pensamientos: cuánto los extrañaba. . . cuánto les agradecía que le hubieran dado la oportunidad de estudiar.

Se hacía muy larga la época de escuela; tenían que pasar muchas semanas, para regresar con su familia, allá, donde el tiempo corría. Pero, terminadas las vacaciones, Jacinto se despedía de su familia, y regresaba al puerto, donde otra familia que no era la suya, lo recibía en su casa, para ayudarle a ganar un año más.

Una mañana, Jacinto caminó solo hasta la escuela: Chester amaneció enfermo.

— El camino se hace largo — pensó —, pero pronto mi amigo estará bien.

Pero los días pasaban y Chester no mejoraba. Y una tarde, no lo encontró en casa. Los médicos no sabían cuánto tiempo debía permanecer en el hospital.



Chester tenía con sus amigos, desde muy chicos, un conjunto musical. Empezaron jugando con instrumentos hechos por ellos mismos, con maderas, algunas cuerdas tensadas, y tarros de cerveza con pequeños caracoles. Más adelante, entretenían a la gente, con la música ardiente del Caribe; sólo ellos le daban ese ritmo y esa vida. Ahora a Chester le preocupaba su enfermedad, más por la música que por sus estudios.

— No sé qué vamos a hacer — dijo un día —, tenemos compromisos, y falta una persona en el conjunto.

Jacinto no llevaba ese son en las venas; había sido un lunar descolorido, que, en algunas ocasiones trató de integrarse al grupo sin lograrlo. Ahora, para tranquilizar a su amigo, le prometió tomar su lugar.

— El ritmo no sólo se lleva en la sangre — le dijo —, se puede beber del mar, del clima, de la gente. . . Y cualquier cosa puede lograrse para ayudar a un amigo.

Puso tanto empeño, que en pocos días logró ocupar con dignidad ese puesto. Después de cada representación, visitaba satisfecho a Chester, para darle cuenta de cómo se había desarrollado la función.

Chester venció la enfermedad, dejó el hospital, regresó a casa, y pronto caminaron otra vez juntos a sus clases. Los domingos, volvían a su música sonora y sentida con el ritmo caliente que vibra bajo la piel.

El conjunto tenía, ahora, un integrante más. Y el mar, cambiaba de compás y las olas llevaban las notas hasta el horizonte.



Mariposas



na oruga se hizo capullo para soñar que era mariposa. Al salir de la crisálida, debía quedarse quieta y extender las alitas; tenían que secarse firmes, para lanzarse al aire con su cuerpo largo y flexible, sus patitas delgadas y sus alas espléndidas y brillantes.

Cuando llegó el momento de abandonar su envoltura, se quedó en un tronco sobre un recodo del río, mientras el sol se filtraba tibio entre las hojas y evaporaba la humedad de las palomillas nuevas. El viento de la mañana, que siempre es juguetón, soplaba fuerte. La mariposa cayó al agua y fue arrastrada por la corriente. El viento se angustió; él sólo quería jugar. Entonces sopló con más y más energía; formó un remolino y la ayudó a salir del agua. Pero. . . las alas se habían mojado cuando apenas empezaban a secarse. Inútilmente trataba de extenderlas; caían arrugadas y sin color. Las diminutas escamas que las recubren para darles vida, se fueron con las espumas del río. Poco a poco logró estirarlas, pero no recobraron el color. Fue como una paloma descolorida, de alerones torpes y tiesos, que hacían, al volar, un ruido estridente y desagradable. Sus hermanas, ágiles y silenciosas, no querían volar con ella;

se avergonzaban de aquel traquido de goznes desaceitados. Entonces vivía sola, casi alejada de los suyos. Pero no estaba triste; tenía la capacidad de llevar a cabo, hazañas que otros no podían lograr. Llenó su vida haciendo favores a los seres más pequeños de la naturaleza.

Una mariposa revoloteaba entre las rosas y quedó herida. La cuidó con esmero hasta que sanaron los rasguños, pero. . . daba lástima ver aquellas velas primorosas, cruzadas por rayas desteñidas . Voló sobre árboles y pastizales y fue a pedirle a las flores de montes y jardines, unas briznas de sus pétalos, y restauró los colores de su amiga.

Otra sufrió un accidente y no podía volar, ¡había quedado tan débil! Con su aletazos de juguete mecánico, la soportaba en su vuelo hasta las flores, para que pudiera alimentarse.

Su comunidad tenía un problema. Una especie de plantas se estaba extinguiendo. Producían flores indispensables para su alimentación. Debían conseguir muy pronto las semillas, y reponer las que habían desaparecido. Tenían que atravesar una región muy frecuentada por los coleccionistas y todas tenían temor de hacerlo.

— No se preocupen — dijo la de las alas toscas —, les interesan los colores; no se fijarán en mí.

Hizo interminables viajes y trajo las semillas.

Muchas veces, sus aspas de molino, rechinantes y opacas, la



llevaron a conseguir lo que otros necesitaban. Trajo astillitas de madera fina, de un tono especial, y reparó el cuerpo de un abejón. Le pidió al árbol del centro del bosque, una gotita de resina, y le pegó las patitas a una abeja. Voló hasta el otro lado del lago y le rogó al pavo real que le regalara una plumita, para devolverle el tornasol a una libélula. Recortó hebras de un capullo de seda, y le remendó la tela a una araña. Recogió muchas gotas de rocío y las puso en la tierra seca, porque las avispas construyen sus viviendas con barro.

Ahora, la mariposa está enferma. Sus alas desafinadas y lerdas, se tienden silenciosas y quietas, sobre la hierba. Los pequeños habitantes del bosque están tristes. Se acostumbraron a pensar que ella nunca necesitaba nada; ahora quisieran ayudarla y no saben qué hacer. Traer polen de alguna especie de flores exótica y lejana. . . Es inútil, ya ella no quiere comer. Traer néctar de algún jazmín extraño. . . ¿Para qué? Ya ella no quiere beber. Llamar a un pajarito que la alegre con su trino especial... Es tarde; ya no puede oír.

La mariposa duerme.

Una llovizna suave rocía el campo y humedece las alas yertas; el arco iris le presta sus colores.

Los animales del norte y del sur, y todos los insectos del bosque, olvidan sus diferencias y la rodean admirados. Sus alas ya no se mueven: lucen, calladas, una riqueza de color y un brillo, que ninguna mariposa había tenido jamás.



La casa de doña Elvira



dónde va mamá, tan temprano? —
dijo Toñito al verla bañada y lista
con el vestido de los domingos,
cuando todavía estaba oscuro.

— Doña Elvira no tiene lavandera. Ustedes se quedan con
Chabela hasta la tarde.

Vivían allá, de La Guácima: para adentro. Tenía que coger más
de un camión; debía salir temprano.

— Le gusta ir donde doña Elvira, ¿verdad mamá? —agregó el
chiquillo dibujando una sonrisa.

— Ha sido buena conmigo —dijo la mamá—. Me gusta ir
cuando me necesita.

Chabela no era para ellos una tía; era una hermana mayor.
Chiquita y grande al mismo tiempo, los cuidaba y atendía muy
bien. En la tarde, cuando su hermana aparecía en la vuelta del
caminillo, corría con los chiquillos a recibirla. Siempre traía algo:
mantequilla, dulces, y una vez un pastel muy grande. Toñito
se preguntaba cómo sería aquella casa de donde salían tantas
cosas. Sabía que sus pantalones de ir a la escuela, lo mismo que
los de su hermano, los había hecho su madre de un pantalón

grandote que doña Elvira le había dado. Los vestidos de ir a misa, de su hermanita y de Chabela, también venían de allá. Sus pocas comodidades también, como las cortinas de la sala y de los cuartos; la colcha que hacía ver tan arreglada la cama de sus padres; las ollas que se mantenían brillantes a fuerza de ceniza bien colada; y hasta las mecedoras del corredor, que eran la admiración de los vecinos.

— Mamá, ¿cómo es la casa de doña Elvira? — dijo Toñito un día.

— Grande y muy bonita.

— ¿Como la de don Cayetano? — dijo el chiquillo.

— ¡Qué va! — dijo la madre.

— Quiero conocer a doña Elvira y ver la casa —agregó el chiquillo pensativo.

— Algún día lo llevo — prometió la madre.

La jornada de los padres no era mala. Alcanzaba para el alimento diario y los gastos corrientes de la familia; para pagar las mensualidades de la casita, que algún día sería de ellos, y hasta para velar por Chabela. No sobraba para lujos. Cuando dejaban de hacer un gasto, aprovechando los regalos de doña Elvira, las monedas economizadas iban llenando la alcancía. Así juntaron el dinero que le dieron a don Cayetano por la vaca pintada, tan mansa: todos la podían ordeñar.

En una de sus visitas, la madre comentó:

— Viera que Toñito, diario está preguntándome por usted y por su casa.

— Puede venir cuando quiera a pasar unos días con nosotros.

Con qué ilusión acomodó el muchacho sus mejores ropas en un viejo maletín. El viernes después de almuerzo, salió con su madre hacia la ciudad. Toñito se asombró con aquella casa, que en nada se le pareció a la de don Cayetano. Al principio se sintió cohibido, pero fue recibido con tanto cariño, que en pocas horas se sintió muy bien.

El sábado en la tarde, jugaba alegre con los hijos de doña Elvira, persiguiéndose unos a otros por toda la casa. Al pasar corriendo, Toñito resbaló y se cayó el florero de una mesa; se hizo trizas al chocar contra el suelo. El niño palideció.

— Me muero de vergüenza — dijo en voz baja.

— Esto es un secreto entre nosotros — dijo doña Elvira ayudando a recoger los pedazos —. No quiero que lo sepa tu mamá; no vale la pena acongojarla.

El domingo, aunque Toñito no había olvidado el incidente, todos actuaron como si nunca hubiera sucedido. El lunes era feriado; su mamá fue a buscarlo porque el martes debía volver a la escuela.

Durante el viaje de regreso, no decía una palabra.



— Viene triste — pensó la madre.

Y él miraba distraído por la ventanilla del autobús. ¡Qué ganas de contarle a su mamá lo del florero! Pero. . . no valía la pena acongojarla. Doña Elvira era una señora muy bondadosa, y su casa muy linda. . . pero. . . echó de menos algunas cosas: el canto del gallo, el gorjear de los pajaritos, el murmullo del río. . . El café sabía diferente, y la leche era más rica la que daba la pintada. La comida no sabía lo mismo. . . ¿sería la leña?

De nada de esto diría nada. . . A nadie, ni siquiera a Chabela. Doña Elvira fue muy buena. . . pero prefería la casita que aún estaban pagando, donde el único lujo eran las cosas que a doña Elvira ya no le servían.

— Si digo esto — reflexionó —, van a pensar que soy tonto.

Sus hermanos lo esperaban con la curiosidad con que se recibe a las personas que regresan de un viaje muy largo. Cuando lo vieron dar la vuelta del caminito, hacían visera con las manos para verlo mejor. Chabela, más grande y más curiosa, se adelantó corriendo a preguntarle:

— ¿Cómo te fue, Toñito?

Y él sólo contestó:

— Vieras Chabela, ¡qué linda la casa de doña Elvira!

El globo verde



Joquín hace maravillas con su globo. Lo infla y desinfla; lo maneja haciéndolo subir y bajar a su antojo.

Los chiquillos le hacen rueda para ver cómo lo suelta dándole más y más hilo; lo hace subir como si fuera un papalote. Luego, moviendo con habilidad la cuerda, el globo sube y baja, corre de un lado a otro haciendo cabriolas como si fuera un potro verde. Los chiquillos, y los grandes, lo rodean y le piden que lo haga volar una y otra vez. En el camino lo detienen; admiran cómo se entienden el globo y el muchacho. Le dan unas monedas y él las lleva alegre a su casa. Su mamá las recibe con agrado; las aprovecha para comprar más frutas, margarina para el pan, y, a veces, hasta un dulce para después de comer.

Gaspar, su amigo, vive fascinado con esa bola verde y liviana. Joaquín le permite sostener la cuerda cuando el globo retoza en el cielo haciéndole quites al viento. Se da cuenta de que Gaspar es un niño triste, pero cuando sostiene la cuerda, se le pinta la



cara de alegría. El corazón de Joaquín lo empuja a prestársela y a enseñarle la mejor forma de manejarla; cada vez hay un mayor entendimiento entre Gaspar y el globo.

Joaquín piensa en dárselo. Regalarle felicidad a un niño que no la conoce, sería como cambiar dicha por dicha. Pero. . . ¿cómo haría para darle el globo? Su madre se alegra tanto con las monedas que él gana bailando su pelota redonda y juguetona. . .

Una mañana temprano, Gaspar va a buscarlo:

— Vamos a la plaza. Hace sol y el viento amaneció travieso. Vamos a volar el globo.

Joaquín tiene qué hacer pero infla el globo y se van.

— Ahorita vengo — le dice —, voy a hacerle un mandado a mamá. Te dejo el globo.

La plaza se ha llenado de gente; hay aplausos, exclamaciones, risas. Los chiquillos, entusiasmados, llegan cada uno con su globo, para hacerlo subir. El de Gaspar sube más alto y es más travieso; lo hace danzar, cabeceando en la altura, como si fuera un renacuajo en un charco. Un globo rojo sube y sube, todos aplauden entusiasmados. Cuando ya casi lo alcanza, el globo verde, coqueteando con él, da un brinco y el otro queda atrás. Lo mismo que el azul, el morado, el amarillo. . . Es una fiesta sobre fondo celeste. Ninguno se mueve con tanta gracia; ninguno llega tan alto; ninguno es como el globo verde.

Joaquín pone la mano en el hombro de su amigo:

— Vamos — le dice —, es tarde. Mañana vendrás otra vez.

El chiquillo le tiende un puñado de monedas.

— Son tuyas — le dice Joaquín —, te las ganaste.

— El globo es tuyo — contesta Gaspar.

Joaquín responde pensativo:

— Yo nunca he podido dirigirlo así. ¿Cómo lo hiciste llegar tan alto?

Caminan juntos, cada uno repasando sus propios pensamientos. Gaspar se recrea recordando: la cuerda se escapaba y volvía después a su mano. Nadie lo notó. Nadie lo creería. Soba en la bolsa del pantalón, las monedas que llevarán a su casa un día de pan y contento. Joaquín calla, preocupado. No puede negar a su amigo la dicha de tener el globo para ganar las monedas que tanto necesita, y, cómo dejar de llevarle a su madre aquel dinero que les cae tan bien.

Al otro día vuelven a la plaza.

Gaspar corre con la cuerda en la mano. Sus pies descalzos bailan sobre la hierba. No cuida sus pasos, sólo tiene ojos para el globo. Una espina se le clava en la planta del pie. Con una mueca dolorosa, se agacha para quitar la púa. Un murmullo sube hasta las nubes: el globo ha quedado sin dirección. Los que

creían haberlo visto todo, tienen una sorpresa más: el globo deja de corcovear y espera suspendido en el espacio. Gaspar toma la cuerda y el globo vuelve a bailar. Joaquín se queda atrás: Gaspar debe gozar a plenitud esos momentos.

Regresan en silencio.

Joaquín quiere regalarle el globo, es un impulso que lleva desde hace tiempo. Ahora lo sabe: tiene que hacerlo.

Al pasar por la fábrica, hay un letrero en la ventana: “Se necesita muchacho para ayudar en la bodega”.

Joaquín se echa su saquito de años a la espalda y se acerca. Ve a Gaspar alejarse, y, mientras la gente se va agrupando alrededor, el globo retoza con el viento. Joaquín sonríe al ver cómo su globo, en manos de su amigo, hace inigualables piruetas. Y aquella cara redonda y juguetona, le devuelve una sonrisa verde.

